

ARTICULOS

LA ARQUITECTURA DE LOS JESUITAS EN VALLADOLID DE MICHOACAN. LAS ETAPAS CONSTRUCTIVAS. 1578-1767

Gabriel Silva Mandujano

La Compañía de Jesús se instaló en Valladolid de Michoacán (hoy Morelia) hacia el año de 1578, con el traslado de los poderes civiles y eclesiásticos de la provincia, que hasta entonces habían permanecido en Pátzcuaro. En la nueva capital, los jesuitas fundaron otro colegio de la orden que al paso del tiempo se convertiría en uno de los centros educativos más relevantes, no solo de la ciudad, sino de todo el obispado de Michoacán. Su fructífera trayectoria se prolongaría hasta el 25 de junio de 1767, fecha en que se dió cumplimiento al decreto del rey Carlos III, mediante el cual se expulsaba a la Compañía de Jesús del imperio español.

Durante su permanencia de casi doscientos años en Valladolid, los jesuitas mandaron levantar los edificios necesarios para su labor educativa y religiosa, como colegio, templo y casa de ejercicios espirituales; en un principio se hicieron de cortas dimensiones y con materiales modestos, pero después fueron reconstruidos con magnificencia. Aún hoy los podemos admirar aunque sirviendo para fines muy diferentes a los originales.

A pesar de que estos edificios son de los más notables de la ciudad de Morelia, hasta la fecha las opiniones vertidas acerca de la época de su

-
1. Agustín Churruga Peláez, *Primeras fundaciones jesuitas en Nueva España. 1572-1580*, México, Ed. Porrúa, 1980, p. 385; Ignacio Osorio Romero, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 259.

construcción son divergentes, especialmente en lo relativo al colegio: Juan de la Torre y Juan B. Buitrón, entre otros, afirman que fue edificado en el siglo XVII, mientras que José Bravo Ugarte ubica su conclusión a mediados del siglo XVIII.² Manuel Toussaint y Esperanza Ramírez han señalado lo difícil e impreciso de la datación. Marco Díaz, por su parte, en su obra dedicada a la arquitectura de los jesuitas en Nueva España atribuye el edificio al siglo XVIII, en función de su estilo, añadiendo que “las crónicas no registran ningún dato respecto al patrocinador de la obra, ni de su arquitecto; es de desear -continúa- que la búsqueda de los archivos nos proporcione datos sobre tan importante construcción”. Señala, además, la importancia de su estudio, por su magnificencia, equiparable solo con el colegio de Zacatecas, y por la trascendencia en la ciudad de Valladolid que liga las tradiciones existentes desde el siglo XVII y proyecta nuevos usos que cristalizarán en edificios posteriores.³

Debido a la importancia artística de los edificios jesuitas de la antigua Valladolid y el escaso conocimiento que ha perdurado acerca de su construcción, este trabajo pretende esclarecer su datación así como las circunstancias prevalecientes en la vida de este colegio. El estudio se basa en documentos localizados en los archivos locales y en el Archivo General de la Nación en sus ramos de Jesuitas y Hacienda.

Los edificios primitivos

En los inicios de su estancia en Valladolid, los jesuitas vivieron en precarias condiciones. Los primeros que llegaron, el padre Sánchez Baquero y el hermano Gutiérrez, acomodaron la iglesia en una caballeriza “que no es nuevo a Dios andar por establos”, escribirá el padre Sánchez. Este, al parecer matemático y arquitecto, habría de arreglar las ruinas de la casa en que se alojaban y comenzar la iglesia.⁴

2. Juan de la Torre, *Bosquejo histórico de la ciudad de Morelia*, 2a. Ed., (1a., 1883), Morelia, Universidad Michoacana, 1986, pp. 67-73; Juan B. Buitrón, *Apuntes para servir a la historia del arzobispado de Morelia*, México, 1948, p. 49; José Bravo Ugarte, *Historia Sucinta de Michoacán*, T. II, México, Ed. Jus, 1962, pp. 125 y 137.
3. Manuel Toussaint, *Arte colonial en México*, 5a. Ed., (1a. 1948), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 159; Esperanza Ramírez Romero, *Catálogo de construcciones artísticas, civiles y religiosas de Morelia*, Morelia, Universidad Michoacana, FONAPAS, 1982, pp. 229-230; Marco Díaz, *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. 92 y 95.
4. Agustín Churruga P., *Op.Cit.*, p. 385.

Si bien lograron atraerse el favor de los vecinos y las autoridades de la ciudad, pronto tropezaron con el problema de la escasez de mano de obra. El proyecto de la naciente ciudad de Valladolid requería de numeroso contingente de trabajadores para la catedral, templos y conventos, casas particulares y obras públicas. Prácticamente todo estaba por hacerse. Los jesuitas tuvieron que presionar repetidas veces a las autoridades virreinales para que les asignaran trabajadores indígenas. El sistema de repartimiento prevaleciente implicaba múltiples y engorrosos trámites; por otra parte, la disminución de los naturales, sobre todo a raíz de la epidemia de 1576, había agudizado el problema ocasionando que la iglesia y el colegio proyectados tardaran varios años en concluirse.

En un principio, por mandamiento del virrey conde de la Coruña, se les señalaron 34 indígenas cada semana, pero a partir de 1591 sólo se les proveyeron 10 de ellos de los pueblos de Tiripetío y Sirosto. En 1599, el rector del colegio, Cristóbal Bravo, tuvo que gestionar la colaboración de 11 indígenas que tenían asignados desde principios de año pero que se les habían quitado para mandarlos a las minas de Oztumatlán. El virrey conde de Monterrey mandó entonces que acudiesen 4 indígenas de Cuitzeo, 3 de Matalcingo, 2 de Indaparapeo y Taimeo y los 2 restantes de Tiripetío. Al alborar el siglo XVII los jesuitas competían en los trámites con franciscanos, agustinos y carmelitas, pues estas cuatro órdenes religiosas acaparaban a los trabajadores, según quejas de los vecinos de la ciudad quienes también precisaban de este servicio para sus casas y labores agrícolas.⁵

En 1603, el virrey marqués de Montesclaros confirmó los mandamientos de sus antecesores sobre 15 indígenas que se habían dado de servicios ordinarios al colegio de la Compañía “para sus obras”.⁶

En el tiempo transcurrido, aproximadamente 20 años, las obras al parecer se dirigieron más hacia el colegio, mientras que la iglesia quedaría inconclusa hasta bien entrado el siglo XVII. En efecto, en 1629, celebraron contrato ante notario público, el padre Juan de Vallecillos, rector del colegio, y Francisco de Chavida el Mozo, maestro de arquitectura, mediante el cual Chavida se obligó a terminar la iglesia y hacerle algunas modificaciones al

5. Silvio Zavala y María Castelo, *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, T. III y IV, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1980, T. III, pp. 159-160, T. IV, pp. 367, 368, 380, 381, 402 y 403.

6. *Ibidem*, T. V, pp. 147 y 148.

colegio. Entre varias cosas, cabe mencionar dos portadas en la iglesia de la manera en que estaban diseñadas en una planta ya hecha que el padre rector le mostró, cuatro ventanas que había que abrir, otra ventana más en el coro, un campanario, dos altares con sus peanas en los huecos señalados para los colaterales, enmaderar desde el coro hasta la puerta, cubrir toda la iglesia de tierra, enmaderar el coro y enladrillarlo. En el colegio debía modificar algunas partes de la cocina y el refectorio, abrir algunas puertas, hacer una pila y un pretil; finalmente debía revocar el lienzo de afuera y los corredores, y blanquear la iglesia y el corredor. Por su cuenta correrían la paga y sustento de la gente y oficiales que se ocuparen en la obra la cual debía dejar acabada en un tiempo de cuatro meses. El rector, por su parte, se comprometió a dar los materiales necesarios y a pagar a Chavida 800 pesos de oro común.⁷

A juzgar por el documento anterior, el colegio y la iglesia primitivos no obedecieron a un plan bien definido, ni en sus espacios integrantes ni en los materiales empleados; había que derribar algunos muros y levantar otros; abrir puertas y ventanas; un pedazo de muro de la iglesia que era de adobe tenía que reconstruirse de piedra y subirse hasta igualarlo con el resto; estas modificaciones demuestran cambios de criterio. Seguramente, dada la urgencia inicial de disponer de espacios se pensó en edificios provisionales que supuestamente se terminarían pronto, pero que en virtud de las dificultades para el abastecimiento de mano de obra se alargó el tiempo de su conclusión, y al no avisarse las construcciones definitivas se fueron modificando de acuerdo a las necesidades apremiantes y a las posibilidades económicas. Estas edificaciones modestas contrastaron con otras de la ciudad, como las de San Francisco y San Agustín que se construyeron de cal y canto, cubiertas abovedadas y fachadas de piedra labrada.

La iglesia definitiva. 1688-1695

A mediados del siglo XVII, el Lic. Roque Rodríguez Torrero, cura beneficiado de Puruándiro y secretario de gobierno del obispo fray Marcos Ramírez de Prado, ofreció donar 25,000 pesos para la construcción de una iglesia suntuosa, con su sacristía, retablo y altar mayor, en un tiempo de ocho

7. Archivo de Notarías de Morelia (ANM), *Protocolos*, Vol. 14, A. 1627-1629, Cuad. 7, ff. 44-46. Agradezco a Moisés Guzmán Pérez la referencia de este documento.

años. La Compañía debía reconocerle como fundador y patrón de la iglesia, celebrarle varias misas en favor de su alma y establecer como fiesta titular la de San Francisco Javier. El acuerdo quedó asentado mediante escritura y contrato el 17 de abril de 1660. El Lic. Rodríguez hizo dibujar una planta con crucero, juntó materiales, previno herramientas y contrató maestros y oficiales para la dirección de la obra. El día 1º de diciembre, víspera de San Francisco Javier, se colocó la primera piedra, en medio de una solemne ceremonia. Desde esa fecha hasta el 9 de abril del siguiente año se laboró con celeridad, pero, no obstante el entusiasmo, hubo que suspender los trabajos ante la enfermedad de don Roque, que desembocó en su muerte poco después. Apenas se habían realizado parcialmente los cimientos y la cantidad gastada ascendía ya a más de 5 000 pesos, por lo que el Colegio consideró inútil la consecución de la obra con los medios de que aún disponían. Calcularon los padres que una iglesia con las características proyectadas no se acabaría ni con cien mil pesos, y que en caso de proseguir debería ajustarse a otra planta “mas moderada”. A estas consideraciones se sumaron las dificultades con los albaceas del difunto donador para el cobro de las cantidades asignadas. Todo ello contribuyó para que los trabajos se suspendieron definitivamente.⁸

La economía del colegio pasaba además por un período de crisis, consecuencia de la mala administración de las haciendas que les servían de sustento. El edificio, con los problemas inherentes a su mantenimiento siguió recibiendo remiendos, parches y reparaciones. En 1671, el colegio cargaba con deudas por la cantidad de 15,000 pesos de los cuales 10,000 se habían utilizado para hacer “el cuarto” (posiblemente un patio) y refectorio.⁹ En ese año, el rector entrante, Juan de la Plaza, recibió los libros de cuentas del colegio y con ellos la plancha y la piedra que se había bendecido para la nueva iglesia, con tres doblones de oro dentro.¹⁰ Durante el rectorado del padre Diego de Almonazir (1684-1686) la economía experimentó un repunte, pero a pesar de sus esfuerzos el colegio permaneció endeudado con 5 000 pesos. Almonazir tuvo siempre la intención de empezar la iglesia, para lo cual tuvo

8. Esperanza Ramírez R., *Op.Cit.*, p. 229: Archivo General de la Nación (AGN), *Jesuitas*, Leg. I-34.

9. AGN, *Jesuitas*, Leg. I-34, Exp. 17, f. 36, “El P.R. Bernardo Pardo al P. Prov., Valladolid, 8 enero 1662”; AGN, *Archivo Histórico de Hacienda* (AHH), Caja 285, Exp. 35, “Entrega del colegio de Valladolid, 21 mayo 1668”; AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, “Cuentas del colegio de Valladolid del P. Manuel Báez al P. Prov., Francisco Jiménez, 1671.”

10. AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, “Entrega del colegio de Valladolid, el P. Melchor Páez al P.R. Juan de la Plaza, 1671”.

la licencia del padre provincial, *quien le envió la planta*, pero al entregar el colegio a su sucesor el diseño reposaba en un cajón del escritorio de la rectoría.¹¹

Tocó al fin, al siguiente rector, Diego Felipe de Mora iniciar los trabajos de construcción de la iglesia nueva. Para ello se utilizaron los recursos de la fundación que después de muchos años se habían cobrado, aunque la mayor parte se destinó para el pago de deudas; de los 25 000 pesos asignados en 1660, sólo había 3 000 pesos apartados para la iglesia. Los trabajos debieron de comenzar entre 1687 y 1688, pues en este último año, en la visita que hizo el provincial, el rector declaró haber gastado 38, 226 pesos entre gastos ordinarios, avíos de haciendas, pago de diezmos, réditos y *obra de la iglesia*. El gasto se había excedido a las entradas en 10 596 pesos. Tres años después, aún se estaba trabajando y el gasto continuaba excedido en 5 000 pesos. En busca de ayuda se acudió al Lic. Gonzalo Díaz Doramás, tesorero de la catedral y comerciante destacado de la ciudad quien usualmente aviaba las haciendas del colegio; de los avíos y de lo que prestó para la construcción llegó a debérsele 11,600 pesos. Como aún faltaba por terminar la iglesia, el padre rector Felipe de Inostrosa obtuvo un préstamo del convento de la Merced, por 8 000 pesos, con réditos de 400 pesos anuales.¹²

Mientras, el colegio a su vez comenzó a presentar serias dificultades. En 1692, parte de él se había caído y el resto amenazaba venirse abajo, por lo que se juzgó necesario emprender también las obras de reconstrucción del mismo. En mayo de ese año se llevaban gastados en esta parte 2,255 pesos.¹³ De tal manera, todavía en 1693 se estaba trabajando conjuntamente en ambos edificios, si bien el rector Alonso de Arrivillaga declaró en ese año que la iglesia ya se estaba acabando. En 1698 el rector Francisco Pérez pudo decir con orgullo que el colegio se hallaba libre de deudas y restaban limpios como

11. AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, "Entrega del colegio, el P. Diego de Almonazir al P. Diego Felipe de Mora. Valladolid, 30 noviembre 1686".
12. AGN, AHH, Caja 285, Exp. 62, ff. 6v.-7, "Visita del P. Prov. Bernabé de Soto. Valladolid, 14 julio 1687"; Exp. 61, f. 1, "Visita del P. Prov. Bernabé de Soto, Valladolid, 29 noviembre 1688"; Exp. 59, ff. 6v.-7, "Visita del P. Prov. Ambrosio Odón, Valladolid, 4 febrero 1691"; ANM, Vol. 41, A. 1691, ff. 327v.-329, "Obligación con réditos. El colegio de la Compañía de Jesús al de la Merced, Valladolid, 29 diciembre 1691".
13. AGN, AHH, Caja 285, Exp. 57, f. 4, "Segunda visita del P. Prov. Ambrosio Odón, Valladolid, 1º mayo 1692".

5 000 pesos, agregando que “lo que ha sobrado estos años atrás hasta hoy se ha empleado en hacer casa, iglesia y en redimir censos”.¹⁴

Esta iglesia que vino a sustituir a la primitiva, y es la que subsiste, fue dedicada hacia 1695, con una solemne ceremonia en la que participaron con piezas oratorias los representantes de las órdenes religiosas establecidas en Valladolid.¹⁵

En la documentación revisada no se ha encontrado ninguna mención del arquitecto o los arquitectos que intervinieron. Gabriel Ibarrola menciona al maestro mayor de la catedral, Vicencio Barrosio de la Escayola, al frente del proyecto de 1660.¹⁶ Sin embargo, es poco probable que hacia 1688 Barrosio haya retomado esta labor en sus manos; en ese lapso de 28 años adquirió fama de moroso e irresponsable y sostuvo varios conflictos relacionados con su trabajo en la catedral y en otros compromisos. Además debido a su carácter orgulloso y dada su categoría de maestro mayor difícilmente aceptaría una obra siguiendo un proyecto ajeno ya que, como se mencionó, la planta del templo fue enviada desde la capital del virreinato.¹⁷

La iglesia se fue enriqueciendo al interior con retablos y ornamentos; además, de vez en cuando recibió las labores necesarias de mantenimiento. Durante el trienio rectoral del padre Andrés Fernández (1736-1738) se derribó el coro, que amenazaba ruina y se le rehizo la bóveda; *se envigó de nuevo toda la iglesia* y se enlosó el cementerio. El interior se dotó de cancel, casullas, frontales y ornamentos de Damasco de varios colores para los altares. Se hizo un frontal con 100 marcos de plata, 60 de ellos dorados. Del mismo material se compraron unos atriles, seis blandones y una copa de purificar. En total, la plata llegó a sumar algo más de 340 marcos.¹⁸ Estos datos nos indican que la cubierta original de la iglesia era de viguería, probablemente de dos aguas, por lo que la cubierta abovedada y la cúpula

14. AGN, AHH, Caja 295, Exp. 56, f. 2v., “Visita del P. Diego de Almonazir, Valladolid, 24 junio 1693”; AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, “Estado habitual del colegio de Valladolid, 29 septiembre 1698”.

15. Fray Matías de Escobar, *Americana Thebaida*, Morelia, Balsal Editores, 1970, p. 225.

16. Gabriel Ibarrola, *Familias y casas de la vieja Valladolid*, Morelia, Fimax Publicistas, 1967, p. 294.

17. Gabriel Silva Mandujano, *La catedral de Morelia*, Morelia, Comité Editorial del Gobierno de Michoacán, 1984, p. 62; Mina Ramírez Montes, *La escuadra y el cincel. Documentos sobre la construcción de la catedral de Morelia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, pp. 70-78.

18. AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, “Entrega que hace del colegio el P. Andrés Fernández al P. Joseph Cirilo Vidal, Valladolid, 7 agosto 1738”.



Fachada de la ex-iglesia de San Francisco Javier. 1688-1695.

sobre el crucero que hoy vemos debieron de construirse después, en fechas aún no precisadas.

El magno proyecto del colegio. 1757-1763.

En 1739 el padre Ignacio Calderón encontró una iglesia resplandeciente pero que contrastaba con el deplorable estado del colegio, pues exceptuando el lienzo que caía a la calle, lo demás estaba muy maltratado.¹⁹ A pesar de ello, el deterioro continuó sin que fuera posible remediarlo en los años siguientes. En 1751, su aspecto era lamentable. El rector se quejaba dando voces de alarma: “se halla dicho colegio sumamente necesitado de fábrica de tal modo que la vivienda de los padres, que no se ha caído e imposibilitado, está tan maltratada que amenaza ruina”. Sin embargo, la difícil situación económica del colegio impedía cualquier intento de reconstrucción. En ese año se reportó el menoscabo de las haciendas y las gravosas deudas, que sumaban la cantidad de 24 150 pesos.²⁰ A lo anterior se sumó el poco tino en la designación del rector. En 1754 tomó las riendas el anciano padre José de Redona, quien cansado y pesimista le confiaba al rector en turno del colegio de Oaxaca: “me he encontrado aquí con una casa tan vieja y destruida como yo que a más de faltarme el vigor y fuerza de V(uestra) R(everencia) me faltan también los medios con qué levantarle”.²¹

No obstante, una buena administración y las abundantes cosechas de los años siguientes redundarían en un aumento de los ingresos del colegio y permitirían pensar en la realización de un magno proyecto. El balance del año 1757 dejó en las arcas 33 980 pesos, varios censos y deudas a favor y ninguna en contra; para fines de ese año la descripción del colegio menciona que “están ya comprados muchos materiales de piedras, cal, arena, maderas, etc., para fabricar un nuevo colegio y para su hechura hay existentes treinta mil pesos”.²² Los trabajos se iniciaron posiblemente en 1758, durante el rectorado del padre Andrés de la Fuente y fueron continuados por su sucesor el padre Enrique Gabriel Alvarez. A principios de 1759, durante la visita del

19. AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, “Estado del colegio de Valladolid y Congregación de la Purísima, 15 noviembre 1739”.

20. AGN, *Jesuitas*, Leg. III-12, “Estado actual de este colegio de Valladolid, octubre de 1751”.

21. AGN, AHH, Caja 973-1, f. 171, “Carta del P. Joseph Redona al P. Joseph de Castañeda, s.f.”

22. AGN, AHH, Caja 284, Exp. 5, f. 336-337, “Visita del P. Prov. Agustín Carta, Valladolid, 1º junio 1757”; AGN, *Jesuitas*, Leg. I-35, Exp. 50, ff. 119-120.

provincial Agustín Carta se reportaron 19 000 pesos gastados en la obra.²³ En la dirección de los trabajos se encontraba el maestro Tomás Huerta,²⁴ alarife nativo de Valladolid.

Fue durante el rectorado del padre Juan José de Villavicencio (1760-1762) cuando los trabajos se aceleraron. El 30 de junio de 1761 se logró estrenar y bendecir la capilla interior dedicada a Señor San José, que lució espléndida con varias imágenes, ricos ornamentos, alhajas de plata y un retablo dorado, con siete pinturas. Tuvo el privilegio de bendecirla y celebrar la primera misa el Dr. Nicolás Montero, maestrescuela de la catedral, quien había donado 1 400 pesos para el adorno de la capilla. Presenciaron los suntuosos actos litúrgicos, el rector Villavicencio y los diez miembros del personal del colegio.²⁵

1762 será un año de intensa y febril actividad. El padre Villavicencio hará hasta lo imposible por ver terminado el colegio al dejar su rectorado. Vigila personalmente el desarrollo de las labores agrícolas de la hacienda de Queréndaro, su principal abastecedora de recursos; las cosechas de ese año serán buenas y abundantes, lo que Villavicencio agradece al cielo “porque la obra pide ahora andar recio”.²⁶ Faltando aún detalles importantes de la construcción, piensa ya en la fecha del estreno y en la forma de contribuir a su mayor lucimiento. Encarga la factura de pinturas a los talleres más prestigiados de México y tramita la compra de algunas pinturas de Miguel Cabrera, el pintor más famoso del momento en Nueva España, entre ellas una de San Francisco Javier que adornaría el cubo de la escalera.²⁷

Para el acopio y administración de los recursos monetarios el padre Villavicencio contaba con el valioso apoyo de don Fermín de Monreal y Erroz, rico e influyente comerciante de la élite vallisoletana. A decir de Monreal, la obra gastaba dinero “como tierra”; cada mes no bajaba la raya de 1 500 a 2 000 pesos; “a puro pujido” conseguían los pesos con tal de que

23. AGN, AHH, Caja 284, Exp. 37, ff. 481-481v. “Segunda visita del P. Prov. Agustín Carta, Valladolid, 8 febrero 1759”.

24. Oscar Mazín, *Entre Dos Majestades*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987, p. 53.

25. AGN, *Jesuitas*, Leg. I-11, Caja 2, Exp. 172, “Razón de la capilla interior de este colegio de Valladolid”.

26. AGN, *Jesuitas*, Leg. IV-15, Exp. 9, f. 10, “El P. Juan de Villavicencio al P. Juan Ildefonso Tello, Queréndaro, 7 mayo 1762”.

27. AGN, AHH, Leg. 299-1, f. 222, “El P. Manuel Joseph Colazo al P. R. Juan Joseph de Villavicencio, Tepetzotlán, 19 junio 1762”. Otra de 14 julio 1762.

no parase la obra. Esta avanzaba con rapidez: en octubre ya estaban poniendo la cimbra para la bóveda de la escalera grande que según se avizoraba sobrepasaría en altura a las torres de la iglesia; la torrecita del ángulo exterior hacia la calle, se iba parando de nuevo y el paso hacia el coro quedaba ya terminado "muy hermoso y llano". Para noviembre, estaban ya colocadas las puertas con sus bastidores y cerraduras; unos mapas y las pinturas con sus bastidores y marcos adornaban todo el tránsito de los aposentos nuevos, llenando de alegría y satisfacción al padre rector quien veía cada vez más cerca la culminación de sus sueños. La torrecilla iba subiendo y ya se le estaba dando al segundo cuerpo. Sólo la escalera hacía pensar que impediría la estrena general para el día de San Francisco Javier, los primeros días de diciembre.²⁸

La fastuosa celebración inaugural debió de realizarse en 1763, sin que podamos precisar la fecha exacta, pues en octubre de ese año un informe señala que "el colegio está por lo que toca a su fábrica, en lo principal acabado, y para lo que falta prosigue la obra."²⁹

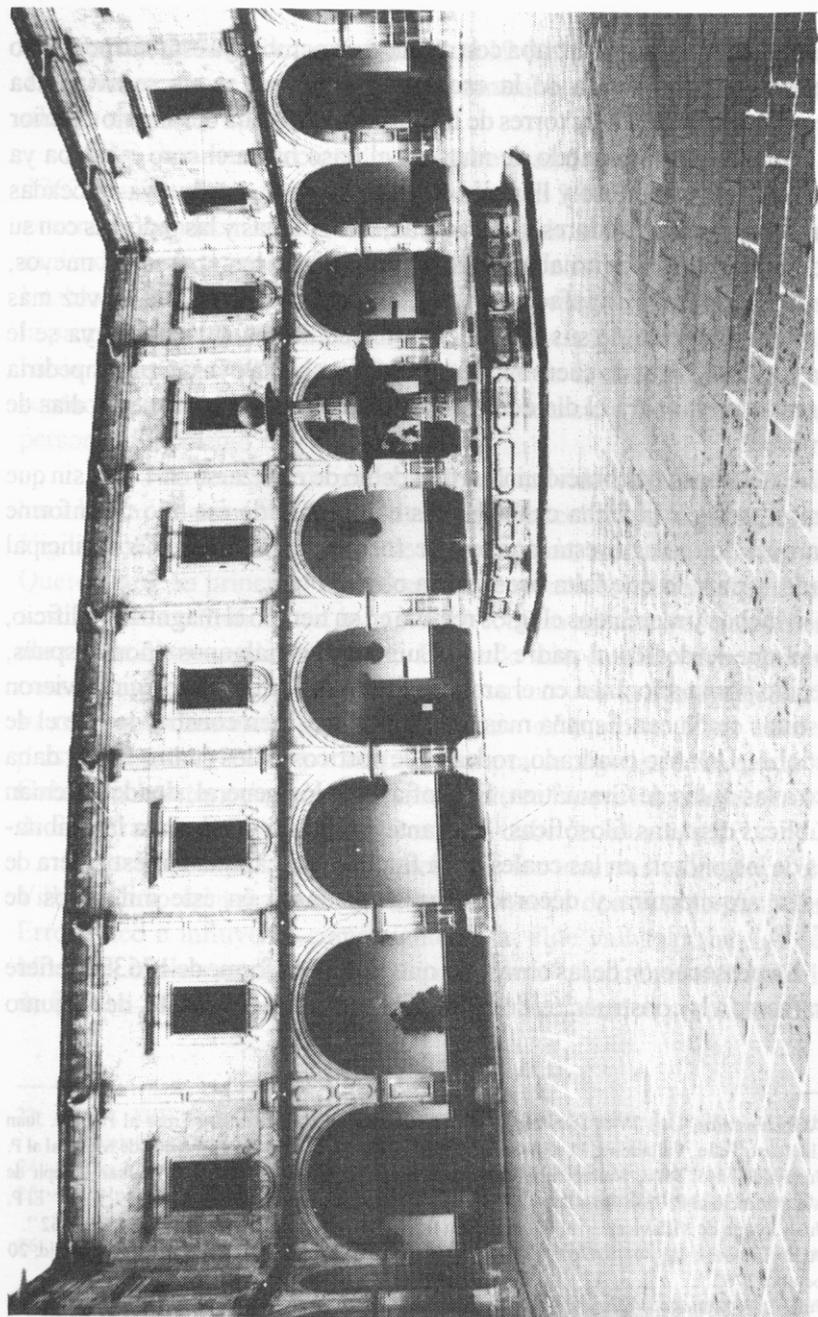
Muchos y merecidos elogios recibió en su tiempo el magnífico edificio, como el que le dedicó el padre Juan Luis Maneiro algunos años después, enaltecido por la añoranza en el amargo destierro: "ningún colegio tuvieron los jesuitas en Nueva España más amplio, bello y bien construido que el de Valladolid. Un atrio cuadrado, rodeado de pórticos en los cuatro lados, daba acceso a las aulas de Gramática, Filosofía; al salón general, donde se tenían las públicas disputas filosóficas. Elegante escalinata conducía a las habitaciones de los padres, en las cuales nada faltaba. La capilla doméstica era de tan bella arquitectura y decorado que se gastaron en éste mil pesos de plata"³⁰.

La prosecución de las obras a la que alude el informe de 1763 se refiere seguramente a la construcción de la Casa de Ejercicios. En efecto, desde junio

28. AGN, *Jesuitas*, Leg. IV-5, Exp. 28, ff. 33-34, "D. Fermín de Monreal y Erroz al P. Proc. Juan Ildefonso Tello, Valladolid, 11 septiembre 1762"; Exp. 32, ff. 38-39, "D. Fermín de Monreal al P. Juan Ildefonso Tello, Valladolid, 16 octubre 1762"; Exp. 34, f. 41, "El P. Juan Joseph de Villavicencio al P. Proc. Juan Ildefonso Tello, Valladolid, 30 octubre 1762"; Exp. 37, f. 44, "El P. Juan Joseph de Villavicencio al P. Proc. Juan Ildefonso Tello, Valladolid, 13 noviembre 1762".

29. AGN, *Jesuitas*, Leg. I-35, Exp. 50, ff. 119-120, "Razón del estado del colegio de Valladolid, 20 octubre 1763".

30. Juan Luis Maneiro, *Vidas de algunos mexicanos ilustres*, T. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, p. 85.



Patio principal del ex-colegio. 1757-1763

de 1762 habían comenzado a reunirse los materiales para la Casa de Ejercicios de Nuestra Señora de Loreto y Señor San Ignacio, que se levantaría en un terreno adyacente al colegio. De manera que aún no se terminaba éste cuando ya la actividad se dirigía hacia otro edificio que vendría a sumarse al vasto conjunto arquitectónico. Esta dependencia se compondría de patio, corredores, varios cuartos y una capilla. Los ejercicios espirituales constituían una actividad estrechamente ligada a la Compañía de Jesús, creados por su fundador con el objetivo de reformar la conducta y enderezar las costumbres de los fieles. Los trabajos continuarían sin interrupción hasta 1766 cuando se perfeccionaron los últimos detalles habiendo contribuido el colegio en la mayor parte de los costos. El mismo maestro Tomás Huerta se encargó de llevar a feliz término la casa de ejercicios.³¹

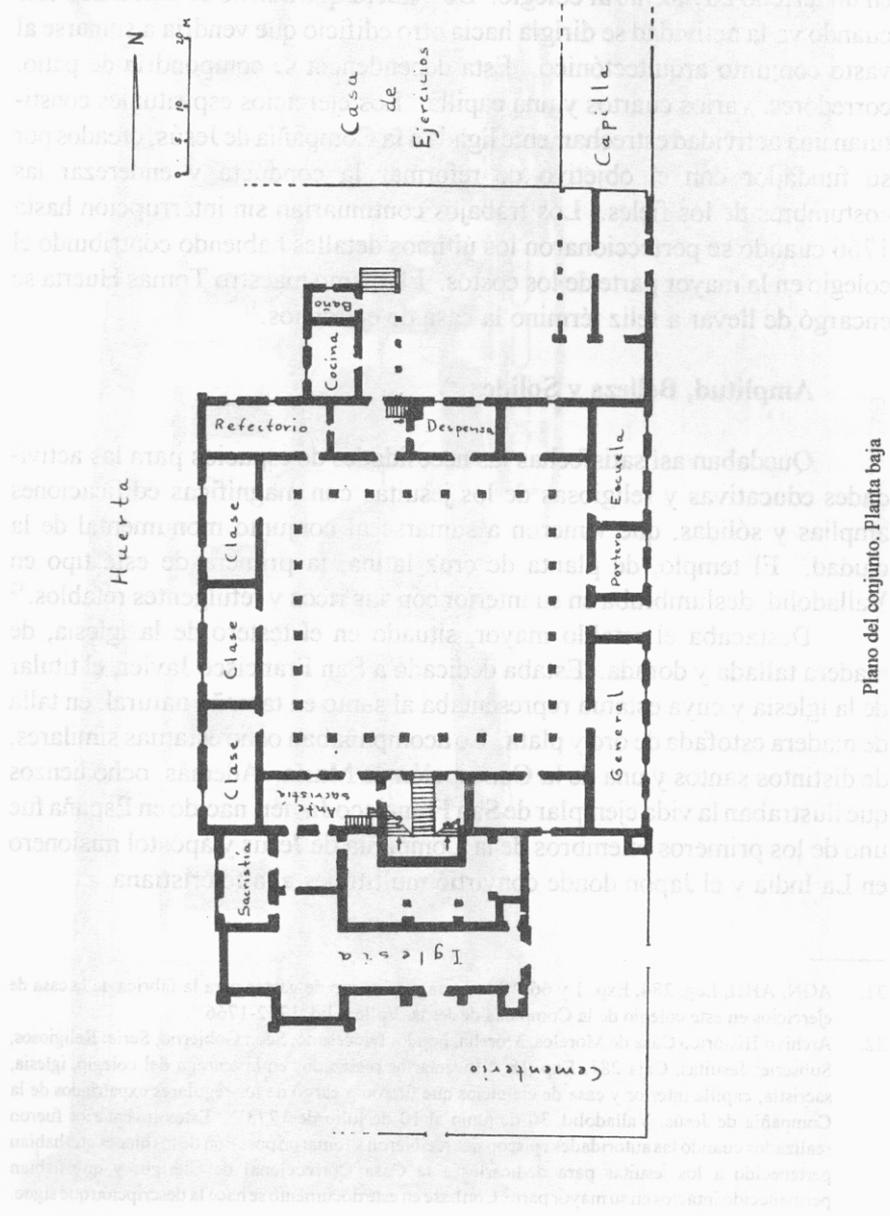
Amplitud, Belleza y Solidez

Quedaban así satisfechas las necesidades de espacios para las actividades educativas y religiosas de los jesuitas con magníficas edificaciones amplias y sólidas, que vinieron a sumarse al conjunto monumental de la ciudad. El templo, de planta de cruz latina, la primera de este tipo en Valladolid, deslumbraba en su interior con sus ricos y refulgentes retablos.³²

Destacaba el retablo mayor, situado en el testero de la iglesia, de madera tallada y dorada. Estaba dedicado a San Francisco Javier, el titular de la iglesia y cuya estatua representaba al santo en tamaño natural, en talla de madera estofada de oro y plata. Lo acompañaban ocho estatuas similares, de distintos santos y una de la Concepción de María. Además, ocho lienzos que ilustraban la vida ejemplar de San Francisco Javier; nacido en España fue uno de los primeros miembros de la Compañía de Jesús y apóstol misionero en La India y el Japón donde convirtió multitudes a la fe cristiana.

31. AGN, AHH, Leg. 284, Exp. 1 y 66, "Memoria y principio de gastos para la fábrica de la casa de ejercicios en este colegio de la Compañía de Jesús. Valladolid, 1762-1766".

32. Archivo Histórico Casa de Morelos, Morelia, Fondo: Diocesano, Sec.: Gobierno, Serie: Religiosos, Subserie: Jesuitas, Caja 281, Exp. 18, "Inventarios realizados en la entrega del colegio, iglesia, sacristía, capilla interior y casa de ejercicios que fueron a cargo de los regulares expatriados de la Compañía de Jesús, Valladolid, 30 de junio al 10 de julio de 1773". Estos inventarios fueron realizados cuando las autoridades episcopales recibieron y tomaron posesión de los bienes que habían pertenecido a los jesuitas para dedicarlos a la Casa Correccional de Clérigos y que habían permanecido intactos en su mayor parte. Con base en este documento se hace la descripción que sigue.



Plano del conjunto, Planta baja

En el crucero de la iglesia estaba el altar y retablo de San Francisco de Borja, con su escultura rodeada de ocho lienzos con pasajes de su vida, rematando con un lienzo grande del Patrocinio de San José.

Contiguo al anterior, el altar de la Purísima, con varias pinturas de tema mariano. En el nicho central, la imagen de María Santísima, que aunque era de talla tenía su manto de tela de oro.

En el otro lado del crucero, otro altar, dedicado a Nuestra Señora de los Dolores cuya imagen lucía su túnica de oro, con daga y resplandor del mismo metal. Acompañaban a la virgen un lienzo de Cristo crucificado y un Santo Ecce-Homo en escultura, con soga, corona, caña y broche de la capa de plata.

Seguía el altar de San Ignacio de Loyola, compuesto por siete grandes lienzos donde se mostraba la vida de este santo fundador de la Compañía de Jesús, cuya estatua de madera estofada y dorada, ostentaba su resplandor, Jesús y libro de plata.

El púlpito se abría paso entre los retablos con su escalera y tornavoz, todo de cedro. Junto a él, el retablo de Señor San José con seis lienzos relativos a pasajes de la vida del santo Patriarca y un lienzo más de Santa Teresa.

A continuación, el altar de Nuestra Señora de Loreto, compuesto de pedazos de distintos retablos, con quince pinturas mostrando distintas imágenes. La veneración a esta advocación había recibido un fuerte impulso por los jesuitas y bajo su nombre se amparó la casa de ejercicios.

En el sotocoro se hallaba otro altar, el del Calvario, integrado por seis estatuas de madera entre las que se contaban un crucifijo y los dos ladrones.

Bajo la torre norte, la capilla de Señora Santa Ana, con sus puertas de verjas y cerradura de hierro. Dentro un lienzo con la imagen de la santa madre de la virgen María.

Frente al púlpito, un retablo dedicado a Nuestra Señora de la Luz, otra de las advocaciones fuertemente impulsadas por la Compañía en la Nueva España. La virgen, en lienzo, se adornaba con once pinturas más de distintas representaciones.

En el sotocoro se admiraba un lienzo de san Ciro, colocado modestamente entre unas tablas pintadas que le hacían forma de retablo. Finalmente, en el cubo de la otra torre, la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, con puerta de verjas de madera.

El coro, con su bandarilla de madera, lucía su órgano mediano, con su mixtura, flautas y teclado regular.

La luz irradiaba hacia el interior a través de cinco ventanas, dos en cada lado de la nave y una en el coro, en la portada principal; el crucero se iluminaba con mayor profusión debido a las cuatro claraboyas de la cúpula.

La sacristía contaba con seis cajoneras grandes y dos postigos, todo de cedro, y encima un retablo compuesto de un lienzo de la Asunción de la Virgen, la Santísima Trinidad y otras figuras, con marco de madera dorado. En ese recinto y en la antesacristía se guardaban las vestimentas y ornamentos propios de la liturgia, como casullas, dalmáticas, capas, estolas, etc., así como los objetos de plata: cálices, copones, custodias, cruces y atriles, entre otros.

La entrada al colegio se hacía a través del zaguán o portería, con su gran puerta de madera tallada hacia la calle, mientras que en el arco de acceso al tránsito del patio principal estaba un portón más, de madera, con una rejilla de hierro por donde se divisaba al que tocaba sin abrir dicho portón.

En la planta baja se ubicaban, entrando hacia la izquierda, el Salón General adornado con dos lienzos grandes de medio punto; en toda la circunferencia del salón sus barandillas de cedro embutidas de nogal, y de cedro también las bancas y escaños que servían de asientos. Destacaba la cátedra con dos escaleritas, silla y tarima, todo de una sola pieza, su concha grande que servía de tornavoz, de cedro, embutida en tapintzirán, y tres escudos de plata con los nombres de Jesús, María y José. Completaban el mobiliario, veinte sillas de brazo, de madera de nogal, forradas en baqueta.

Siguiendo por el tránsito de abajo se encontraban una bodega, la escalera principal y la antesacristía. Saliendo de esta pieza y al viento del poniente tres salones, de las clases de gramática y filosofía, en una de las cuales colgaba una campanita con que se llamaba a los estudiantes. Hacia el norte, el ante-refectorio, el refectorio, la despensa y la cocina, ésta con su pila de agua corriente y en medio el bracero de hornillas, hecho de mampostería. Seguía por este lado una segunda bodega. En el lado oriente, una gran pieza que servía a la escuela de primeras letras y finalmente el cuarto del portero. Toda el área del patio y los tránsitos bajos lucían pavimentos enlosados.

La escalera principal se adornó con un balcón de hierro en el arco superior; también de hierro fueron los dos pasamanos con sus balaustres y de bronce las perillas de los remates.

En el tránsito de arriba, las veintiocho ventanas, siete de cada viento, tenían puertas de madera, de dos hojas, con sus aldabas y picaportes, y en los



Exterior del colegio, con la antigua torre de reloj.

postigos sus rejas de alambre y vidrieras. De este tránsito se accedía a los aposentos de los padres, dieciocho en total, cada uno con su alcoba y alacena. En los dos aposentos del lado sur, con ventanas hacia el exterior, se encontraban la Sala Rectoral y el archivo, presididos por las imágenes en lienzos de san Ignacio de Loyola, san Camilo de Lelis y San Luis Gonzaga. En este mismo lado, pero en el extremo opuesto, se hallaba la capilla doméstica de san José, que en virtud de su categoría era el único recinto abovedado de la planta alta, cubierta de viguería.

La torre del reloj del colegio, en la esquina de la sala rectoral, tenía en el primer cuerpo la máquina del reloj, la cual era de hierro, con su juego de horas y de cuartos, carátula a la calle y pesas de plomo y piedra que descendían al cubo inferior de la torrecilla; en el segundo cuerpo estaban las campanas, una para las horas y otra para los cuartos con sus mazos y varillas de hierro.

Aparte, en un campanil sobre la azotea, se hallaba una esquila de mediano tamaño que servía para llamar a los actos de comunidad.

Continuando por el tránsito alto, hacia el norte, podía bajarse hacia la capilla de la casa de ejercicios, y de allí a la sacristía y demás dependencias propias de esta casa, como la cocina, el refectorio, la despensa, y catorce cuartos, cada uno con dos camas y sus bancos de cedro, dos sillas de nogal forradas en baqueta y dos mesas. En un extremo, se situaba el cuarto de los retretes, con nueve separaciones y sus respectivas puertas.

El patio de servicio se ubicaba entre el patio principal y la casa de ejercicios; allí se encontraban la carbonera, la caballeriza y un sótano con su tapa que servía para guardar nieve; contiguo a la cocina un baño que era un lujo para la época con su placer en el suelo, con dos gradas para llegar al estanque que era de azulejos; tenía sus dos llaves para la introducción del agua fría y la caliente. En la parte posterior un aljibe de agua, el corral y la huerta del colegio con sólo ocho o diez arbolitos frutales.

El conjunto abarcaba una superficie equivalente a dos manzanas urbanas, con un frente de 216 varas y un fondo de 198 varas (180 por 165 metros aproximadamente).

La consecución del vasto conjunto arquitectónico de los jesuitas en Valladolid contribuyó a aumentar el prestigio de la orden ignaciana que al momento de su expulsión, en 1767, había alcanzado el máximo nivel de esplendor en Nueva España, como lo reseñara emocionado y nostálgico el padre Clavijero refiriéndose a la provincia jesuítica de México: “los templos

por la mayor parte eran suntuosos, los altares bellos y los ornamentos ricos. Los magníficos templos de Zacatecas, Oaxaca y San Javier de la Puebla tenían pocos años... Eran también nuevos los colegios de San Javier de Puebla, Valladolid, Zacatecas y Querétaro... En México, Puebla y Guatemala teníamos casas de ejercicio que habían dado infinito fruto al cielo... En Valladolid se acababa de edificar otra muy hermosa que se iba a estrenar al tiempo que nos arrestaron”³³

Como se advierte, muy poco tiempo disfrutaron los jesuitas del nuevo edificio de su colegio de Valladolid, tan sólo cuatro años, y la casa de ejercicios ni siquiera alcanzaron a hacerla funcionar. A partir de 1767, estos recintos tendrán múltiples y variados usos. El edificio del colegio ha sido, consecutivamente, correccional de clérigos, sede de las sesiones del congreso estatal, despacho del Tribunal de Justicia, depósito de parque y municiones, albergue provisional del colegio de San Nicolás, escuela de arte correccional, escuela técnica industrial y escuela primaria. Finalmente, desde 1970, después de su restauración, aloja oficinas del gobierno estatal, recibiendo el nombre de Palacio Clavijero en honor al ilustre historiador y filósofo que enseñó en estos espacios de 1763 a 1766. El templo conservó su uso religioso hasta 1930, cuando por decreto se instaló aquí la biblioteca pública universitaria. La casa de ejercicios sirvió a las carmelitas descalzas; después de las Leyes de Reforma, pasó a ser cárcel de mujeres, cuartel y talleres de la escuela industrial. En 1962 fue restaurada y adaptada para oficinas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo transformándose la capilla en teatro de la misma institución.³⁴

33. Francisco Javier Clavijero, “Breve descripción de la Provincia de México de la Compañía de Jesús según el estado en que se hallaba el año de 1767”, en *Tesoros Documentales de México. Siglo XVIII. Priego, Zelis, Clavijero*, México, Ed. Galatea, 1944, pp. 308-309.
34. Esperanza Ramírez R., *Op.Cit.*, p. 230.